

El escritor español Sr. Blasco Ibáñez acaba de visitar todo el frente de batalla desde Reims al Argona y hasta Verdún, mezclándose con los soldados, compartiendo sus comidas y pasando las noches entre ellos en las trincheras de primera línea, a menos de 150 metros de las líneas alemanas.

Lo que más le ha sorprendido es la admirable salud física y moral de los soldados franceses, tanto de los territoriales como de los jóvenes soldados.

Los hombres están perfectamente alimentados, gracias al excelente servicio de la Intendencia militar, y están tan alegres en las trincheras, donde ríen y cantan como colegiales en las horas de recreo.

Lo que también encantó al Sr. Blasco Ibáñez fue la cordialidad de relaciones que exista entre los oficiales y los soldados.

Los oficiales son benévolo y afectuosos con los soldados, que consideran como a sus propios hijos.

Los soldados sienten admiración y confianza hacia sus jefes queridos, que les conducirán pronto a la victoria, porque nadie duda de la victoria entre los soldados y los oficiales, a quienes animan el amor patrio y la voluntad de vencer.

Blasco Ibáñez vio igualmente de cerca a nuestra artillería ligera y pesada, quedando admirado de sus efectos asombrosos.

También asistió toda una tarde, detrás de una batería pesada, a un duelo con la artillería enemiga, y quedó maravillado de la intrepidez y sangre fría y de la habilidad de los artilleros franceses, y durante todo el combate experimentó una extraordinaria impresión de seguridad al abrigo de esos monstruos, tan admirablemente manejados.

Las proezas de los aviadores le llenaron de admiración.

Resumiendo: Blasco Ibáñez regresa muy optimista de esa visita al ejército francés e inquebrantablemente confiado en la victoria final de los aliados.